



El diestro de Valladolid realizó una gran faena en el sexto de la tarde de la corrida de la Covadonga.

Domínguez en la suerte del descabello, demostró que puede haber un arte bello

Por **ENRIQUE GUARNER**

En un número de la revista *El Ruedo de Madrid* Vicente Barrera escribía: «Algunos dicen que descabellar no es una suerte del toreo. Sin embargo, esto no lo decimos los toreros porque sabemos lo que se deslucе una faena y se amarga una tarde cuando no encontramos facilidad para ejecutarla rápidamente. Por otra parte todo aquello que se realiza con un toro y con sujeción a las reglas merece llamarse suerte y ésta lo es más porque se necesita de la suerte para acertar y perdón por el juego de palabras».

Entre los toreros que mejor han descabellado en la historia se encuentra Reverte, quien solía hacerlo a la «ballestilla» y valiéndose de la puntilla. En 1903 en la antigua plaza México puso un sombrero en el testuz del toro al que le lanzó el puñal e hizo que el coso temblara y se produjera una verdadera locura colectiva. Otro grande ejecutando el descabello fue Diego Puerta, pero ayer vimos una estampa sensacional cuando Roberto Domínguez después de una magnífica faena tras de pinchar se puso rodilla en tierra y con la espada de descabellar fulminó al sardo corrido en sexto lugar provocando que todos nos pusieramos de pie para ovacionar un acto tan singular.

Juicio crítico

13 de febrero de 1938. Manolo estuvo discreto tanto con capa como con muleta y hasta le apunté tres buenos naturales, pero mató muy mal con cinco pinchazos y media estocada escuchando un aviso.

El cuarto se denominó «Perlito» con 520 kilos y Espinsa dio lances a pies juntos y su faena de muleta se redujo a espantarle las moscas al burel matándolo pésimamente con ocho pinchazos, dos metisacas y dos descabellos. El juez Lanfranchi se apiadó de Manolo y solamente le mandó dos avisos. Por ello regaló a «Dos Reales» que pesaba 578, donde tuvimos una actuación aceptable dentro de lo que cabe de un hombre de 53 años de edad. Mató de pinchazo y hasta 10 descabellos dando una vuelta al ruedo final.

Mariano Ramos

Para este torero, como para Gutiérrez y Miguel Espinosa, el exceso de actuaciones en esta temporada ha sido contraproducente. Ninguno de los tres posee un arte depurado y aunque puedan dominar cierta parte de la técnica la monotonía de sus estilos hace que el público termine por encresparse. Ayer tuvimos el caso de que Mariano hiciera lo que puede y sabe, en lugar de demostrar que sabe lo que hace, aburriéndonos por más de media hora.

Ante tres cuartos de plaza y antes de iniciarse el desfile de cuadrillas dieron la vuelta al ruedo en honor de la Covadonga, una serie de automóviles antiguos donde lucían a la usanza española grupos de chicas guapas. De inmediato partieron plaza Manolo Espinosa de blanco, Mariano Ramos en verde esmeralda y Roberto Domínguez de lila. Los ternos van bordados en oro y se inicia la corrida.

El ganado

Se lidiaron toros de tres procedencias: tres de Tequisquiapan, tres de La Gloria y uno de Fernando de la Mora. Los de las dos primeras ganaderías pastan en Querétaro y el último en el estado de Hidalgo. Sin ser de mayores alcances en cuanto a trapío y desarrollo puede decirse que estaban adecuadamente presentados. Tal vez los de Tequisquiapan resultaban mogones, o sea, carecían de punta en sus cornamentas. En relación a las pintas hubo tres negros, tres cárdenos y un sardo que reunía pelaje negro, castaño y cárdeno.

En relación a su juego los de Tequisquiapan tomaron cicno puyazos recargando, mientras que los de la Gloria acometieron siete veces ante picadores, por último el de la Mora atacó en una sola ocasión. Detallándolos el que abrió plaza que resultó huidizo. El segundo pasaba completo y pudo ser mejor aprovechado por Mariano Ramos. Bronco y peligroso fue el tercero. El cuarto no tenía un pase. El que ocupó el lugar de honor tenía recorrido y tampoco recibió los pases que merecía. El sexto algo tardó y lento resultó dominado totalmente por Roberto Domínguez. No valió nada el de regalo que procedía de la Mora.

Manolo Espinosa

Cuando ya todos lo dábamos por retirado se nos anunció la despedida del hijo mayor de Armillita. En realidad pocos recordaban ya sus éxitos, los cuales tuvieron lugar en la temporada 1969, dado que a partir de entonces nunca volvió a cortar una oreja en la plaza México. Ayer simplemente cumplió con su cometido de decirnos adiós con más pena que gloria.

Se enfrentó en primer lugar a «Tortolito», nombre célebre en la historia del toreo en México por las ocho verónicas monumentales que instrumentara Chucho Solórzano el

Se enfrentó en primer lugar a «Peineto» con 538 kilos y lo toreó admirablemente de capa con lances, mandiles y dejando un gran sabor llevó al toro ante el picador. También le vi dos buenas chicuelinas y todo indicaba que vendría el triunfo, porque incluso su peón, Felipe González, puso dos grandes pares de banderillas. Sin embargo, la faena de muleta nunca fructificó y hasta hubo un grito simpático que decía: «Manolo llévate también a Mariano». Mató de estocada desprendida y solamente salió al tercio. Menos me gustó con «Paisano» que pesaba 512, donde después de infinitos trapazos surgieron algunos buenos pases en redondo que no resultaron suficientes. Mató de estocada caída y dividió las opiniones.

Roberto Domínguez

Este artista, al igual que el «Berruquete», cuyo retablo de San Benito se encuentra en Valladolid, constituye una especie de escultor que podríamos llamar anticlásico. Sus faenas arquitectónicamente construidas resultan de un temple y limpieza singular. Cada pase en redondo dura una eternidad y además se enlaza con el siguiente. Da las pausas necesarias y termina con desafiantes desplantes que suelen tener belleza. Para colmo ayer dejó la estampa del descabello en su máxima expresión.

Se enfrentó en primer lugar a «Recovero» de 528 kilos donde me gustó la manera como le bajó la cabeza al burel para llevarlo al picador. Hubo intentos de faena que nunca resultaron y mató mal con tres pinchazos y delantera. Para colmo se clavó en el pie el gancho de la divisa que estaba sobre la arena.

Lo grande vino con «Guayabero» un sardo que pesaba 524 kilos y al que Domínguez toreó bien a secas de capa. Vimos también dos buenos pares de banderillas de Arcadio Ferrón y en seguida vino un prodigio de toreo que comenzó por alto, para seguir con increíbles series de redondos a cual más lenta y templada. Los remates con pases de pecho fueron imponentes e incluso los desplantes que en otros toreros parecen fuera de cacho, en Domínguez toman la proporción debida y se convierten en bellos adornos. Pinchó tres veces antes de ejecutar rodilla en tierra la estampa del descabello fulminante que valió por toda la tarde y recibió una merecida oreja, por la que tengo que felicitar al juez Heriberto Lanfranchi.

En resumen, Domínguez como el «Berruquete» dejó en la México su membrete.